



Para recordar a Saer

La obra narrativa de Saer quedó inconclusa. Así sucedió también con algunos de los grandes escritores – Musil, Flaubert, Kafka – que él tanto admiraba. En la última conversación telefónica que mantuvimos unos quince días antes de su muerte me dijo: “me faltan, para terminar la novela, sólo unas 20 o 25 páginas.” Me quedé tranquilo, seguro de que su salud andaba bien y que pronto veríamos editado su último libro. En su voz había tanta confianza que no cabían las dudas. Y sin embargo la muerte estaba agazapada, acechando, lista para desbaratar cualquier proyecto.

Por supuesto que nada modificará este final inconcluso ante la obra de toda una vida, tejida minuciosamente, con paciencia y lucidez. Quedó incompleto un libro pero no se podría decir que este detalle modificará el complejo universo verbal integrado por cuatro libros de cuentos, once novelas, tres libros de ensayos y *El arte de narrar* de 1977, que recoge todos sus poemas.

Su apuesta, desde el comienzo, fue construir una obra que incorporara la inmediatez de lo cotidiano así como los interrogantes vinculados al sentido último de la existencia humana, trabajando siempre con los mismos, o similares elementos: personajes, lenguaje, ámbito geográfico, atmósfera al fin, reiterada aunque siempre renovada para lograr un estilo muy personal y una totalidad literaria significativa y autónoma. Articulaba todos estos componentes de su obra como lo habría hecho un músico que mediante repeticiones, variaciones, contrapuntos compusiera un conjunto armónico con la sola materialidad de los sonidos.

Comenzó a hacerlo mediante la escritura, en los años iniciales, de muchísimos poemas. Lo recuerdo muy bien. Era esta su escritura predilecta.

Cientos de poemas, una especie de obsesión que volvía una y otra vez redactando versos regulares, medidos, o versos libres también cuidadosamente contruidos como los que figuran en *El arte de narrar*. Poemas y narraciones eran para Saer sólo apenas modos diferentes de acuñar una visión que está en la base de todos sus escritos.

Su prosa tiene, al igual que sus poemas, una minuciosa elaboración rítmica. Alguna vez lo dijo en una entrevista: “No puedo escribir si la frase no va sonando silenciosamente en mis oídos mientras la escribo”. Una exigencia semejante tenía también para el poema. Para complementar aquel juicio agregaba algo que muchos narradores no compartirían: “La verdad es que me preocupan más los problemas de ritmo que los problemas de sentido o narrativos”. Estas declaraciones confirman que toda su obra, aun la ensayística, debía inscribirse en el espacio de la poesía.

Para Saer, en definitiva, hay sólo un uso válido del lenguaje: el que hace la poesía. Para alcanzar ese objetivo elaboró una poética que abarcaba al mismo tiempo ambas expresiones. En ella sostenía que el poema debía intentar la *distribución*, en tanto que a la prosa correspondía la *condensación*. Con estas propuestas alteraba aquellos conceptos que, desde Pound por lo menos, homologaban el poema con la condensación y la prosa con la extensión. Pero a Saer estos dos objetivos le permitieron alcanzar una prosa narrativa densa, íntima y porosa, muy pocas veces lograda en la lengua española. En el poema a veces no obtenía, sin embargo, la distribución anhelada. Las palabras se volvían intensas, grávidas como suele suceder en todo buen poema. Así, por ejemplo, en este:

Vecindad de Logroño

Anotar: la siesta que arde
la noche voluntaria hace señas,
desde lejos, ubicua,
en la constancia amarilla. Anotar:
viñas verdes sobre la tierra roja. Anotar que
la liebre, presa y escándalo,
desea al faro que la inmoviliza.
Anotar abismos soleados
en días cuyo nombre es legión.

O este otro:

Moulin de Brenizenec

Árbol, roca, latido, accidentes,
apariencias dentro de algo en donde
la bola lisa del mundo
rueda sin fin.

Saer no escribió poemas a lo largo de toda su vida. No lo hizo durante los últimos 10 o 15 años. Este silencio no buscado, indica que también para él el poema llegaba solo, o no llegaba, y que su escritura no era la consecuencia de una maestría o de una habilidad que tenía de sobra, sino el resultado de una presión interna, ineludible. Si ésta no se daba no había modo entonces de escribir un poema.

Aunque ya no los escribiera, no dejó nunca de cortejar a la poesía. Su manera de hacerlo fue mediante el ejercicio de la traducción. No hace mucho tiempo me hizo llegar para la revista *El poeta y su trabajo* 71 haikus, traducidos a lo largo de los años de distintas lenguas. Allí volcó todo su amor, toda su pasión, toda su fidelidad a la poesía. Hizo sus versiones a la lengua hablada del Río de la Plata, una lengua que difiere del español de España y en la que también escribió toda su obra. Al referirse a esa relación con la lengua dijo una vez: "... es una de las aventuras más interesantes que puede vivir un escritor argentino". Y luego: "Conservar la pureza de la lengua me parece una tarea triste".

Alguna vez pensé que existía una indudable proximidad entre la obra de Saer y la de un escritor italiano que él admiraba, Cesare Pavese. Y esta proximidad estaba dada no sólo por la calidad de su obra, sino por que en ambas la poesía constituye

el origen y el fin de la escritura. Poemas, narrativa, ensayos, eran, para los dos, aspectos de una misma visión. En ambos la poesía no tenía que ver sólo con el verso. También le exigían a la narrativa no tanto una corrección sintáctica como una intensidad poética.

Como Pavese, también Saer hubiera podido decir: "El poeta, en cuanto tal, trabaja y descubre en soledad, se separa del mundo, no conoce más deber que su lúcida y firme voluntad de claridad, de demolición del mito entrevisto, de reducción de lo que era único e inefable a la medida humana normal".

Los ensayos de Saer completan, profundizan y deslindan aquello que su narrativa y sus poemas habían formalizado. Son la prueba de que la totalidad de su obra, construida en los bordes como él mismo dice, alcanzó a articular un conjunto autónomo, en una lengua propia que prolonga lo que en el siglo XX escribieron en Argentina Borges, Arlt, Juan L. Ortiz, Oliverio Girondo y Antonio di Benedetto.



Hugo Gola, poeta argentino, nació en Pilar, Provincia de Santa Fe en 1927. Sus poemas fueron reunidos en 2004 por la editorial Fondo de Cultura Económica con el título de *Filtraciones*. Actualmente dirige en México la revista *El poeta y su trabajo*.